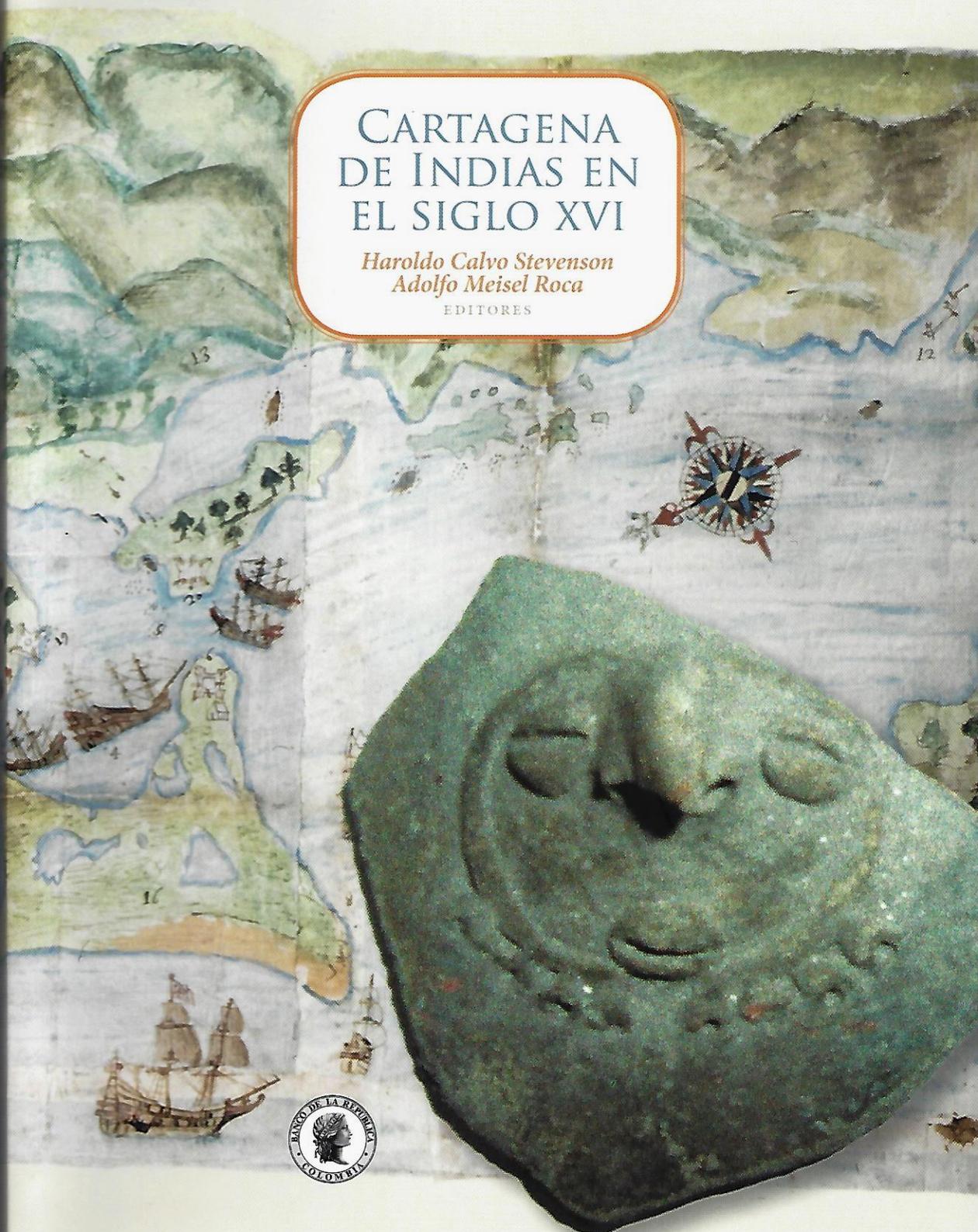


CARTAGENA DE INDIAS EN EL SIGLO XVI

*Haroldo Calvo Stevenson
Adolfo Meisel Roca*

EDITORES



Contenido

- 11 **PRÓLOGO**
Haroldo Calvo Stevenson
Adolfo Meisel Roca
- 13 **EL MUNDO INDÍGENA**
- 15 **San Jacinto 1 y los inicios de la alfarería en el nuevo mundo**
Augusto Oyuela – Caycedo
- 37 **COMENTARIO / José Ramón Oliver**
- 41 **Cambio y permanencia en el Caribe colombiano tras el contacto con Europa: una mirada desde la Guajira**
Gerardo Ardila
- 73 **El ocaso del Gran Zenú**
Ana María Falchetti
- 91 **COMENTARIO / Roberto Lleras**
- 95 **CARTOGRAFÍA**
- 97 **Cartografía y geografía**
Cartografía de Cartagena colonial
Roberto Luis Jaramillo
- 103 **ECONOMÍA Y PIRATERÍA**
- 105 **Corsarios, piratas y la defensa de Cartagena de Indias en el siglo XVI**
Kris E. Lane
- 125 **COMENTARIO / Fabio Zambrano**

La conferencia de Ana María Falchetti expone parcialmente los resultados de un proyecto de investigación que se adelantó durante un lapso de cerca de 20 años en las llanuras inundables del San Jorge y el Sinú por parte de un grupo de arqueólogos, paleoecólogos e ingenieros con el auspicio del Museo del Oro y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Este trabajo se adelantó con base en tres líneas de trabajo: la investigación y desarrollo de cartografía; el examen de documentos de archivo y crónicas, y la investigación arqueológica en campo y colecciones de museo.

El resultado es, a todas luces, significativo. Aun cuando hay muchos detalles por resolver y temas por acabar de desarrollar y aclarar, lo cierto es que para la historia prehispánica de esta región esta labor representó un avance de gran importancia. Gracias a los resultados del proyecto, hoy tenemos un cuadro bastante claro sobre la cronología y periodización del área, se conoce la extensión de la ocupación Zenú y sus fluctuaciones en el tiempo, se cuenta con un inventario de la cultura material de los diversos períodos, se reconocen las características de la estructura sociopolítica del siglo XVI y se comprende la mecánica del sistema de drenaje. Lo importante, sin embargo, es entender que estos logros fueron posibles gracias a la interacción de las diversas disciplinas. Por sí sola ninguna de las líneas de trabajo habría avanzado como, en efecto, lo hicieron todas en conjunto.

La primera reflexión que queremos hacer en relación con este trabajo se fundamenta en este hecho y tiene que ver con el uso y validez de las diversas fuentes para el estudio de la historia. Para nadie es un secreto que la historiografía tradicional y aun las nuevas corrientes en historia confían, sobre todo, en las fuentes escritas. Para los historiadores los documentos son la fuente por excelencia y, salvo contadas excepciones, las imágenes y los objetos son pasadas por alto o se les da una importancia meramente marginal. No obstante, ejemplos como el que nos ocupa demuestran que las imágenes y los objetos son fuentes de gran valor para el estudio de la historia y que su lectura e interpretación son posibles y fructíferas.

^{1*} El autor es miembro correspondiente de la Academia de Historia.

Aun los objetos que componen las colecciones de museo y que se hallan, por lo general, desprovistos de información contextual pueden aportar información original. Desde la arqueología se ha demostrado que las colecciones descontextualizadas, abordadas desde una metodología apropiada, aportan información sobre áreas de distribución de conjuntos de cultura material, períodos, tendencias tecnológicas, patrones iconográficos, etc. No parece plausible sacrificar estas posibilidades en aras de una pretendida rigurosidad en el manejo de las fuentes. Hay aquí una lección de método, que compete a la relación entre arqueología e historia, que no es posible dejar de considerar.

En segundo lugar es importante recalcar la importancia que lo funerario tiene en el estudio histórico y arqueológico. Más allá de la fascinación con los objetos que componen los ajuares funerarios, por regla general mejores y en mejor estado que los de contextos domésticos, lo cierto es que es cada vez más claro que las tumbas, sus estructuras adyacentes y los rituales de enterramiento, constituyen una ventana privilegiada para entender la cosmovisión de los grupos humanos. En el caso del Zenú es de interés adicional constatar que estos patrones culturales se prolongan hasta la actualidad. En relación con nuestra primera reflexión sería clave añadir que el estudio de lo funerario no debe verse como un campo exclusivo de los arqueólogos. Los historiadores tienen mucho que aprender y aprehender en este campo.

De la conferencia de Ana María Falchetti hay otro aspecto que destacar: la magnitud de las obras de adecuación hidráulica da mucho que pensar sobre la organización del trabajo, la centralización de recursos y la administración y mantenimiento de las obras. Tradicionalmente se han vinculado en la historia y la arqueología las grandes obras hidráulicas con las formaciones estatales. Ésta es una línea de pensamiento que se fundamenta en postulados como los contenidos en la noción del Modo de Producción Asiático desarrollado por Marx y Engels y posteriormente retomado por Godelier, Bartra, Chesnaux y otros. La idea dominante es que obras de adecuación agrícola de esta envergadura solo pueden realizarse cuando existe una organización estatal centralizada que coordine las labores de las comunidades locales. Grandes obras y estados centralizados se convierten así en elementos inseparables en la teoría sobre organización social. El estudio de muchos casos concretos ha demostrado que esto no es así y que se han realizado grandes y extensas adecuaciones agrícolas en el marco de organizaciones políticas no estatales, relativamente pequeñas y descentralizadas. Esto ha encontrado eco en la teoría del Modo de Producción Asiático que ahora contempla una pluralidad de posibles estructuras políticas y modos de transición de la sociedad sin clases a la sociedad de clases. En la investigación del sistema hidráulico Zenú hay un excelente ejemplo de estas alternativas.

■ Nuestro último y, tal vez, más importante comentario se relaciona con el título de la conferencia de Ana María Falchetti: el saqueo. Que los pueblos, los santuarios y las tumbas de los Zenúes y de los demás indígenas de América fueron saqueados es ya muy bien conocido. Se ha discutido y difundido hasta la saciedad el asunto y, sea como fuere, ahora nada más se puede hacer sino llorar sobre la leche derramada. Lo que esta conferencia aclara y profundiza es lo relativo a la magnitud y el carácter de este saqueo. Que tan grande fue lo expoliado es algo que normalmente pasa inadvertido o no se comprende cabalmente. Y es que las cifras sobre botines de miles de pesos de oro fino y bajo, quintos, tumbas abiertas, etc. no caben en la mente. Pero es importante hacer el esfuerzo de aproximarse a estas cantidades porque, como en todo asunto económico, la cuantificación habla sobre capacidades productivas y masas monetarias acumuladas.

El saqueo, por otra parte, no fue un fenómeno exclusivo de la conquista americana. Casi sin excepción, toda gran empresa de conquista territorial ha estado acompañada de saqueos, incluso las muy recientes que la breve historia del siglo XXI nos enseña. Cuando Roma expandió su poder imperial en el Mediterráneo cada nueva región conquistada era en principio saqueada. Lo mismo ocurrió con las conquistas de Alejandro Magno en Asia, con las del Imperio Mongol, con las guerras napoleónicas. En fin, hay centenares de ejemplos.

Pero América y, en particular las llanuras del Caribe y el territorio Zenú, tienen una particularidad. En los ejemplos arriba citados el saqueo constituyó una fase de la conquista, pero enseguida el saqueo abierto y salvaje cesó y dio paso a otra etapa de la dominación. Con mayor o menor énfasis las áreas conquistadas se rehabilitaron, se reconstruyeron las condiciones de producción, se integraron las redes de intercambio a las estructuras dominantes y, en general, se permitió o se fomentó el resurgimiento de una economía viable y sostenible a largo plazo.

Esto no quiere decir, por supuesto, que las nuevas condiciones fuesen buenas para los pueblos conquistados y que no hubiese explotación. El sometimiento y el tributo forzoso eran parte del nuevo arreglo. Pero este nuevo arreglo fue posible porque el saqueo no agotó la economía local ni destruyó la capacidad de regeneración de las estructuras productivas. Que esto ocurriera en esta forma fue posible porque detrás de las conquistas existía un aparato estatal con intereses a largo plazo. Esta estructura administrativa se encargó, en cada caso concreto, de canalizar los recursos y energías hacia esta reconstrucción post-conquista.

Pero en América los mecanismos de la conquista, especialmente en los períodos iniciales, fueron bien distintos. A pesar de que la conquista de las Indias se hiciera en nombre del rey de España y con su mandato y autorización expresados en las capitu-

laciones, el asunto fue de carácter privado. Cada conquistador tenía que reclutar su propia hueste, adquirir embarcaciones, armas y pertrechos y financiar todos los gastos de la expedición. Se esperaba, además, que de tal aventura hubiese algún resultado de provecho para la corona, ya que de lo contrario el capitulante se exponía a un juicio y al descrédito perpetuo. La única alternativa posible era, pues, extremar el saqueo para atender en forma inmediata al pago de las deudas contraídas, a las promesas y compromisos adquiridos y a las obligaciones con la corona. Estas empresas privadas buscaban resarcir en poco tiempo sus inversiones y adquirir riquezas que aseguraran el bienestar de los integrantes de las huestes en un territorio inhóspito y aislado, o que les garantizaran prosperidad a su regreso a Europa.

Detrás de estas iniciativas privadas, desordenadas y voraces, no hubo por mucho tiempo una administración estatal y, cuando por fin apareció, fue débil e ineficaz. Nadie tuvo la intención ni el poder de restaurar las estructuras de producción indígenas, que se fueron desintegrando progresivamente con las consecuencias conocidas: drástica reducción demográfica y pauperización generalizada. La respuesta de los conquistadores, ahora convertidos en encomenderos, fue extremar la explotación, lo cual solo logró empeorar la situación. El resultado final fue el colapso definitivo del aparato productivo indígena a fines del siglo XVI, un desastre económico y cultural que tardó siglos en empezar a recuperarse. La conquista, dejada a manos de estos empresarios privados, no podría haber sido peor manejada.